COLECCION DE ESTUDIOS POLITICOS

1. **Rousseau, Marx y Lenin.** Por Jacques Ploncard d'Assac. Traducción de Salvador Abascal. 2a Edición.
2. **Las Relaciones entre el Poder Espiritual y el Poder Temporal**. Por Carlos Abascal.
3. **Corrientes Sociales y Políticas.** 2a. Edición. Por Carlos Alvear Acevedo.
4. **Los Franc-Masones.** Por Jacques Ploncard d'Assac. Traducción de Salvador Abascal.
5. **Judíos y Cristianos**. Por Félix Vernet. Trad. de Salvador Abascal. Con un Apéndice por Salvador Borrego.
6. **Notas sobre Socialismo y Progresismo Religioso**. Por Rigoberto López Valdivia.
7. **La Civilización Actual Contra el Destino del Hombre**. Por Isaac Guzmán Valdivia.
8. **Salazar**. Por Jacques Ploncard d'Assac. Traducción de Carlos Abascal.
9. L**a Revolución Mediante la Iglesia**. Por Jacques Ploncard d'Assac. Trad. de Carlos Abascal.
10. **El Fracaso del Socialismo.** Por Luis Pazos.
11. **México, País Cautivo**. Por Salvador Borrego E.

SALVADOR BORREGO E.

México, País Cautivo

10 Engaños y una Verdad

- El PRI y la Democracia (45 Años de Fraudes)
- Redención del Campesino (La Crisis del Campo)
- Régimen Obrerista (Manipulación del Obrerismo)
- Desarrollo Compartido (Desastre Económico)
- Autonomía y Texto Gratuito (Socialización Forzosa)
- Anhelo de Justicia (Guerrilla y Terrorismo)
- Servidores Públicos (Explosión Burocrática)
- Vámonos Haciendo Menos (Control de la Natalidad y Corrupción Moral)
- Libertad de Prensa (PIPSA, CCSA, etc.)
- Autodeterminación (Partidismo Rojo)

Segunda Edición

EDITORIAL TRADICION
MEXICO, 1977

Primera Edición.
20 de noviembre de 1976.-3,000 ejemplares.

Segunda Edición.
Febrero de 1977.-3,000 ejemplares.

EDITORIAL TRADICIÓN, S. A.

Av. Sur 22 Número 14 (entre Oriente 259 y Canal de San Juan), Colonia Agrícola Oriental. México 9, D. F. Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. Registro Número 840.

El PRI
y la
Democracia

El indiscutible testimonio de nuestra vista nos dice que el Sol sale por el Oriente, recorre el firmamento, y se oculta tras la Tierra en el Poniente. La realidad es bien distinta porque el Sol permanece en su sitio de astro rey, y somos nosotros, con nuestra Tierra, los que giramos en sentido contrario.

Algo semejante ocurre con la omnipotencia política del PRI. Vemos sus edificios, sus colores nacionales, sus diez millares de empleados de comités municipales y estatales, sus vastos recursos econó-micos procedentes del Erario y sus centenas de miles de rótulos en muros de ciudades y de pueblos pequeños o miserables. Y sobre todo, vemos sus “triunfos” ... Más de doce mil regidores y alcaldes, más de 300 diputados locales, más de 290 legisladores federales y 30 gobernadores.

El PRI parece omnipotente con sus triunfos y con sus sectores obrero, campesino y popular ... Y sin embargo, no es más que una máscara gigantesca que disimula y cubre la acción que se realiza a través de un hombre, de un solo hombre, que encarna el Poder Ejecutivo Federal.

Es el PRI un pararrayos de ataques y de quejas. Es el Partido, el “partidazo”, que impone desde regidores hasta gobernadores; desde diputados locales hasta senadores y presidente de la República.

Esa es la apariencia, una ‘apariencia real. Pero sólo una ficción, porque los nombramientos de todos los integrantes de la maquinaria gubernativa son dictados desde atrás de esa fachada. Son dictados a través de la voluntad de un hombre, un solo hombre.

No hay dentro del PRI ni un solo mecanismo de mocrático. Cuando nació el 4 de marzo de 1929, al conjuro del consejo de Mr. Morrow y de la acción de Plutarco Elías Calles, y bajo el nombre de Partido Nacional Revolucionario (PNR), se disfrazó con “plebiscitos” de sus miembros para seleccionar a sus candidatos.

Los plebiscitos se integraban con delegados de toda la República, pero se prefabricaban mediante consignas. Sin embargo, el sistema fue más tarde simplificado por Lázaro Cárdenas, quien “revolcó” al PNR con el nuevo nombre de Partido de la Revolución Mexicana (PRM), y ya no se necesitaba de plebiscitos. Simplemente el Partido comunicaba a alguno de sus sectores que lanzaran a los candidatos previamente nombrados por la voluntad de un hombre, un solo hombre, encarnado en el Poder Ejecutivo Federal.

El PRM fue después nuevamente “revolcado” y se llamó Partido Revolucionario Institucional (PRI),

sin que nada en su apariencia y en su esencia hubiera cambiado, como no fueran las siglas, invariablemente compuestas de tres letras.

Es paradójico que hasta antes de la integración del “Partido” oficial, existiera en México un cierto vestigio de democracia, imperfecta y salvaje. Había un determinado juego de ambiciones entre los personajes revolucionarios que a diversos niveles se disputaban el poder.

Para los municipios, para las gubernaturas e incluso para la Presidencia de la República se postulaban (antes del PNR) diversos aspirantes. El ciudadano tenía opción a escoger, entre dos o tres, al que consideraba menos malo. Y la voluntad del Poder Ejecutivo se inclinaba a favorecer a unos y a descartar a otros, pero no se movía libre, impune, sin resistencia alguna. Las cosas a veces se le presentaban difíciles. En ocasiones se veía forzado a transigir, aunque fuera en alcaldías, en curules federales y en gubernaturas. El camino no era plano, pavimentado, sin obstáculo alguno.

Así fue desde que se inició la Revolución.

Bajo la presidencia de don Venustiano Carranza, primer jefe constitucionalista, se movían las opciones del general Benjamín Argumedo, de Eulalio Gutiérrez, Benjamín Hill, Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta y Alvaro Obregón.

Carranza nunca tuvo el camino libre, pese a su preeminencia de Primer Jefe y de Presidente de la República.

A su turno, Alvaro Obregón ocupó la Presidencia y reunía en sus manos un enorme poder amasado con la sangre de veintenas de generales a los que había mandado asesinar. Tenía prestigio de estratego y a la vez infundía el temor que infunde quien ha demostrado no tentarse el corazón para cortar existencias a su antojo. Sin embargo, su voluntad no se movía libremente en un vacío político, pues ha-bía ciertas fronteras, determinados contrapesos en los poderosos grupos (políticos y armados) de Adolfo de la Huerta y de Plutarco Elías Calles.

Por caminos difíciles, agrestes, el ciudadano probaba un algo de democracia al tener opciones para inclinarse a favor de uno u otro grupo. Quien ocupaba el poder debía cuidarse de no abusar demasiado, de no hacer su capricho hasta en lo más nimio, pues el descontento que provocaba podía ser capitalizado por alguno de sus oponentes. Era mucho su poder, ciertamente, pero no se ejercía en un completo vacío político.

Ni el mismo Plutarco Elías Calles, con su temible personalidad y su innegable inteligencia, se hallaba exento de presiones peligrosas. Los grupos de Obreción, de Francisco Serrano, de Arnulfo R. Gómez, etc., daban diversas opciones —más o menos viables—a las masas de electores.

Claro que Calles se abrió paso entre todos ellos, pero vivió días de incertidumbre y tuvo que enseñar las manos ensangrentadas, lo mismo con sangre

de cristeros que con sangre de caudillos revolucionarios (Huitzilac: Serrano, Gómez, etc).

O sea que, hasta entonces, la voluntad de un hombre, de un solo hombre, encarnado en el Poder Ejecutivo Federal, no era precisamente omnipotente. Para imponerse tenía que enseñar su entraña, tenía que luchar para aplastar obstáculos, tenía que poner en evidencia que México no era un país democráti-co, sino un país cautivo, y que la Constitución se-ñalaba al pueblo como la fuente del poder público, pero que eso jamás se realizaba.

Pero a partir de Calles, con la creación del "Partido" oficial, el camino se simplificó para el ejercicio de la dictadura. Una dictadura disfrazada e impune, que ya no daba oportunidad a ninguna opción, a ninguna alternativa. A partir de allí el espíritu cívico se debatiría en el vacío hasta su total desmoralización y abatimiento.

Calles ya no tuvo necesidad de aparecer en un primer plano, encarnando en su persona toda la responsabilidad del fraude que se cometió contra José Vasconcelos. El Partido oficial —tal fue la publicidad abrumadora y falsa— había obtenido 1.948,848 votos y el Partido Vasconcelista sólo había logrado 110,979.

O sea que se había creado una gigantesca cortina detrás de la cual se ocultaba la acción encarnada por un hombre, un solo hombre.

Y sobre ese engañoso camuflaje se descargarían, por años y años, hasta el presente, muchas quejas y

críticas. La opinión pública puede embestir contra el enorme capote y sólo conseguirá que le den 'capotazos', y que de tiempo en tiempo se le clave la estocada hasta e! corazón y los intestinos. (Almazán, 7 de Jul. 1940.)

¿Omnipotencia del PRI?... Sería como hablar de la omnipotencia del capote...

El PRI carece de afiliación voluntaria. Se compone de los bloques obrero, campesino y "popular", encuadrados forzosamente por sus líderes, desde arriba. Todos ellos hacen sus componendas por arriba. No hay ni miembros libres ni electores libres. Todo es un engaño sostenido por el Erario. La voluntad de un hombre —en turno en el Poder Ejecutivo— dicta nombramientos, que luego son costo-samente procesados en público como "elecciones". Incluso el Lic. Felipe Tena Ramírez, ex ministro de la Suprema Corte, ha demostrado en su libro Derecho Constitucional Mexicano, que el PRI es anticonstitucional.

El gigantesco engaño del PRI es el engaño primario de la vida política de México. Es el pecado original de la vida pública. Porque de él se deriva una engañosa maquinaria gubernamental que no está para servir al ciudadano, sino para controlarlo. Y, consecuentemente, hay una cadena de engaños que se ramifican hacia todas las fases de la vida nacional.

Redención
del
Campesino

La Revolución que se inició con Madero no prometía nada engañoso a la población del campo, que era más de la mitad de los habitantes del país.

El 31 de agosto de 1911, don Francisco 1. Madero anunció en la convención del Partido Constitucional Progresista que su gobierno "asegurará el principio de la propiedad" y que "la pequeña propiedad agrícola será de mi parte cuidadosamente fomentada, pues esto constituye una gran base de riqueza pública".

En cuanto a afectaciones, previamente había dicho (Plan de San Luis) que sólo se privaría de tierras a quienes las hubieran habido ilegalmente y que se les restituirían a sus legítimos dueños.

Nueve años después, el 27 de octubre de 1920, otro caudillo revolucionario, Alvaro Obregón, decía:

> "No debemos destruir las propiedades grandes antes de crear las pequeñas, porque vendría un desequilibrio de producción ... Yo sería de opinión que se diera una ley creando el derecho de ser propietario a todo hombre que estuviera capacitado para cultivar un pedazo de tierra".